

RAFAEL URIBE URIBE Y LUIS CARLOS TEJADA CANO. INSUMISOS, GUERREROS Y LETRADOS

DOI: 10.24142/unaula.n44a1

RAFAEL RUBIANO MUÑOZ*

* Profesor Titular, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, UdeA. Magíster en Ciencia Política, UdeA. Doctor en Ciencias Sociales (Flacso-Argentina). Coordinador del Semillero Itaca (Intelectuales de América Latina y Colombia), Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la UdeA.

“Pero es que hay mentalidades generosas y mentalidades egoístas, y hay – sobre todo entre nosotros – una insoluble pereza intelectual, un miedo a hacer el esfuerzo máximo, a dilatar y profundizar el pensamiento”¹

Luis Tejada

Del guerrero armado al guerrero letrado sobre Uribe Uribe y Luis Tejada

En 2024 se cumplen cien años de la muerte por tuberculosis de Tejada, quien nació en Barbosa en 1898, y ciento diez del asesinato cerca del capitolio nacional del caudillo liberal Rafael Uribe Uribe, naci-

¹ “Un libro”. *El Espectador*, Medellín, 22 de mayo de 1920. En: *Mesa de redacción*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1989, pp. 67-68.

do en Valparaíso en 1859. En apariencia, sus vidas fueron discordantes, paralelas diría Plutarco, no obstante, algunos eventos fueron concordantes y sus ilusiones se cruzaron eventualmente y se distanciaron después de sus fallecimientos. Tejada murió en Girardot en 1924 y Uribe Uribe fue atacado a hachazos en una calle céntrica de Bogotá en 1914. Aunque murieron en lugares distantes, algunas de sus ideas, de sus pensamientos, de sus luchas se cruzaron y se interpusieron en ocasiones. El presente artículo tiene el objetivo de recordar la vida, obra y pensamiento de estos dos grandes colombianos y pretende encontrar sus semejanzas y diferencias en su incidencia social.

Empecemos diciendo que estos dos hombres nacidos en dos pueblos de Antioquia, quienes procedían de la vida rural, despuntaron y fueron artífices y reconocidas figuras del ámbito nacional. Algo que los caracterizó fue su modo de pensar que estuvo adelantado a su época, por un lado, Uribe Uribe profesó un liberalismo coherente – radical– pero armonioso entre el pensamiento y acción, y planteó temas que son de actualidad y están en las discusiones de la agenda pública y política de las izquierdas. Tejada fue adepto al liberalismo con sensibilidad social, se deslizó al comunismo y fue, entre otros, quienes organizó los primeros grupos de lectura y militancia del comunismo en el país. Uribe Uribe dedicó su vida a la guerra y a la paz, porque su ardentía personal lo empujó a combatir contra la tiranía del régimen de la regeneración, entre otras, fue actor esencial de la Guerra de los mil días (1899-1902), que derrotó a los liberales y por ello, luego de la conflagración armada, el militar antioqueño se enfocó en reconstruir el partido Liberal frente a los retos del siglo XX, con un proceso de paz y de amnistía en 1902.

El cronista y el militar constituyen los referentes para comprender cómo el liberalismo primigenio decimonónico, el del *Laissez faire* y *Laissez passer* se llenó de profundo contenido social. En Uribe Uribe y

Tejada es comprensible el liberalismo de izquierda que tendrá en personajes como José Mar, Armando Solano, Baldomero Sanín Cano, Jorge Zalamea y el de mayor significación, Jorge Eliécer Gaitán, a sus personajes e ideólogos más destacados.

El militar analizó los problemas de las clases populares y fue promotor desde la tribuna periodística y desde el parlamento de reformas encaminadas a resolver los conflictos sociales que empezaban a despuntar en los primeros años del siglo XX. Fundó periódicos y, al mismo tiempo, fue un guerrero armado, lo que lo clasifica entre los insumisos coherentes, puesto que su pensamiento se volvió acción y su acción fue pensamiento, con un altísimo grado de ética, responsabilidad y compromiso, superando a los falsos y farsantes liberales, tibios y conversos, quienes calculaban, más no se comprometían, vociferaban más no argumentaban, prometían más no realizaban, descalificaban más no debatían, mentalidad muy de los prejuicios de los colombianos que fue denunciada asiduamente por Tejada.

Ahora algunas características del barboseño. Luis Carlos Tejada Cano, hijo de Benjamín Tejada Córdoba, hizo parte del linaje de liberales antioqueños y de la casta política de los radicales liberales quienes lucharon por la renovación de la política y la cultura antioqueña, lo que se extendió al país. Familiar de los Cano, Fidel Cano, y próximo a Uribe Uribe, por lazos entre familias, confrontaron la intolerancia de los paisas (siendo antioqueños), no le rindieron culto a la mentalidad goda, menos aún, profesaban ciegamente la idolatría de la región, en actitudes y costumbres, porque su carácter insumiso le estimuló confrontar la actitud reacia y retrógrada de los de nuestra región. Como Uribe Uribe, fue un viajero y un errante consumado, su mirada cosmopolita se vertió en páginas y páginas, la más famosa, su aparte periodístico “Gotas de tinta” del diario *El Espectador*, creado por Fidel Cano en 1887 para contrarrestar

a Núñez y Caro. A través de esa sección esculpió y, a su vez expió, los profundos y arraigados prejuicios del pueblo colombiano.

A diferencia de Uribe Uribe quien a un mismo tiempo alternó al guerrero armado con el guerrero letrado, Tejada utilizó la mesa de redacción, el lápiz, los libros, la hamaca y la pipa, como armas indispensables para dar sus punzadas mortíferas a lo degradado y decadente del país y del mundo. No fue un político como Uribe Uribe, pero sí incursionó en el análisis de lo político (de lo nacional a lo internacional) e incidió en la vida política colombiana. No fue a la universidad, ni fue diplomático, ni parlamentario, ni jefe de las toldas del partido Liberal como Uribe Uribe, pero tuvo la carga hereditaria de su ascendencia familiar, exclusivamente de los liberales, quienes desde el entorno familiar, la prensa, los campos de batalla y en la vida social, lidiaron desafortunadamente por destronar el dominio de las tradiciones inveteradas y de los vicios mentales ultragodos.

Benjamín Tejada (el papá) recorrió en parte el país, fundó colegios particulares, decididamente laicos y seculares, fue un arduo y vehemente luchador por la ilustración popular, fracasó como pequeño empresario e hizo honor a sus antepasados, en especial, a José María Córdoba buscando redimir la figura egregia del héroe militar con colectas y actos públicos. Tejada no fue un guerrero armado, sus armas no se dispararon en los campos de batalla, sino en el espacio de la opinión pública. Se expresó mediante la crítica honrada y generosa, no la miope y sectaria que es lo común en nuestro país. Además, su tinta se compuso de ironía, no le faltó el humor y en especial su estilo escriturario se forjó mediante el razonamiento de las paradojas. El periodista utilizó la crónica sintética e inteligente, brindándole la posibilidad de pelear contra los vejámenes de la época, en particular, fustigó el conservadurismo de Marco Fidel Suárez (1918-1922) –mejor dicho, confrontó la hegemonía conservadora del siglo XX–, el imperialismo norteamericano y fue un destructor y

de ídolos, en especial algunos de los símbolos patrios. Sus opiniones des-enmascararon aspectos siniestros de la política nacional e internacional y se enfocó en denostar las crueldades que propiciaba en nuestras tierras el capitalismo trasnacional. Ante todo, contrarrestó la insularidad mental y cultural del país, porque en particular atacó a la corte de los *centenaristas* y fue un luchador ardiente por las ideas nuevas y por la renovación periodística, literaria e intelectual de nuestro pueblo, convirtiéndose en una especie de *flaneur*, un Ch. Baudelaire, un Georg Simmel o un W. Benjamin a lo colombiano.

A la luz de sus escritos y obras se puede concluir que el militar y el cronista coincidieron en ciertos principios. Concibieron que la función de la inteligencia, el papel del intelectual debía regirse por una actitud insumisa, pero coherente, atacaron aquellos que profesan cierto radicalismo e insumisión, pero al analizarlos con cuidado, en la práctica, en las acciones diarias, son inconcordantes, y, por el contrario, sus actitudes muestran precisamente lo contrario, su godismo, su retracción, su tradicionalismo, en últimas, su encogimiento ideológico y mental. Por otra parte, ambos antioqueños enfocaron su vida y pensamiento al servicio de las clases populares y del pueblo en general.

Estos dos personajes concibieron que el pensamiento y la palabra, su acción privada y pública cumplen una misión insobornable, estar al servicio de la verdad, de la justicia y, ante todo, a la defensa de las causas sociales. En particular, fueron redentores populares, uno caudillo militar intelectual, el segundo, cronista combatiente tuvieron en común el destruir prejuicios, pero a las inteligencias que asumen esa misión en la tierra, los atraviesa la adversidad inmisericordemente. A Tejada se lo llevó al hades, la enfermedad, y a Uribe Uribe, dos manos asesinas y criminales, lo empujaron a ese otro lugar de donde nunca más se vuelve, ni se tiene noticia.

No obstante, la tragedia los cobijó, no solamente por la muerte, puesto que Tejada vivió veintiséis años y Uribe Uribe con cincuenta y cinco años, el guerrero armado hubiese llegado a la presidencia y probablemente se hubiese convertido en el primer presidente antioqueño; el guerrero de lápiz quizás hubiese tenido un puesto diplomático o un lugar de prestigio en la presidencia de López Pumarejo. Pero del anhelo a la realidad hay un trecho insondable. En el centenario, muy melancólico, de ambos personajes, hay que expresar enfáticamente: murieron dos veces, la primera en lo físico y terrenal, la segunda muerte con el olvido. Es comprensible, no debe extrañar ni asombrar que, excepto algunas personas que con su esfuerzo personal han impedido que los dos caigan en el peor de las muertes, el olvido premeditado, el silencio impuesto, la indiferencia y apatía menesterosa.

Uribe Uribe y Tejada, no se leen, y si no se leen, no se les conoce, si no se les divulga en la vida escolar (primaria, secundaria y universidad) no hay modo de edificar un pensamiento crítico, alternativo, porque construir una otredad, ese otro país, de otras y otros, un país diverso, diferencial, exige rescatar del olvido a esas *otredades*, letradas y letrados que han quedado desterrados con la piedra pómez, como decía Baldomero Sanín Cano, al olvido. Una *contrahistoria* que reconstituya al país, una historia alternativa, no aquella contada por los héroes de las élites, sino más bien, una historia desde abajo, desde los despreciados y olvidados, exige y requiere divulgación en la lectura y en las letras, un país que enarbola, idolatra y fanatiza a ciertos guerreros, a los de arriba, nunca podrá proponer otro país, otras identidades y, por eso, el fracaso de nuestras instituciones sociales, políticas y educativas, porque no hay lectura alternativa, plural y diversa.

Nuestros jóvenes, especialmente los universitarios, llegan premunidos y absolutamente inmunizados contra el librepensamiento, contra

la posibilidad de pensar críticamente y en particular arriban a las aulas de la educación superior infectados de arrogancia, de una especie particular de egolatría, la del facilismo por ignorancia y la de la sapiencia en redes y en la inteligencia artificial. Es común de la mayoría (no todos) el despreciar los libros y, por supuesto, juzgan que es rancio, muy rancio, insulso, vacuo e inútil, es improductivo, leerse cincuenta o más páginas porque para eso está la divinidad *Google* y los resúmenes en Internet.

La crisis universitaria de hoy, su decadencia, está relacionada con el modo de leer de los docentes que, por más títulos que tengan, vociferan sobre el país, pero jamás han leído algunos de nuestros letrados. Se rasgan las vestiduras hablando de colonialismo intelectual y cultural, y siendo colombianos no conocen, ni siquiera intuyen lo rico del pensamiento colombiano y latinoamericano, mujeres y hombres de letras y de pensamiento. las nuevas generaciones universitarias de hoy (la mayoría, se reitera, excepción de uno o dos) evitan el esfuerzo y el desafío de escuchar y hablar de letrados de antaño, porque lo dictaminan como vetusto, porque el saber y el conocimiento verdadero, el fidedigno, según sus lentes de miopía e hipermetropía, está en lo inmediato, en el *éter del presente*, la actualidad, las modas, en el pensamiento *decolonial* y *poscolonial*, que invita a una farsa y falsa *ilustración* y *emancipación*.

En fin, el estudiantado de hoy, el general lleva consigo la pandemia de lo fútil y de lo vago, lo vulgar, rinden culto a la deplorable información y agotan su existencia, día a día, con memes y con redes, sin ningún estímulo intelectual, sin ninguna consistente y sólida inteligencia, sin saber que lo más consistente de la caricatura crítica del país tuvo hombres como Alfredo Greñas, Alberto Urdaneta o Ricardo Rendón, *non plus ultra* del humor y la política. Es primordial insistir en ello, Tejada y Uribe Uribe murieron sin ver renacer ni renovar el país y hoy seguimos, después de cien años de sus luchas, estancados y empantanados nacionalmente.

Para renovar el país, para reconstruirlo en sus bases más íntimas y más estructurales, debemos afrontar y superar el desafío educativo y de lectura popular, masiva, empezando por una renovación didáctica y pedagógica en las universidades privadas y públicas. No habrá modo de pensar y hacer un país diverso, plural, democrático y emancipado si supevitamos la enseñanza con los discursos amañados y mañosos de la corriente *decolonial* y *poscolonial*, y otras modas, porque sus promotores, esos mercenarios que fungen como profetas y demagogos en las aulas, simulan y engañan, porque utilizan, por lo demás, incluida su propia mentira, las bases epistemológicas de la cultura occidental que dicen destruir y agregan es la culpable de nuestro atraso y subdesarrollo. Esta mafia intelectual, mágicos y traficantes, decretan que lo occidental es la violencia, es lo herético, es lo infernal, es lo monstruoso; lo subalterno latinoamericano es lo puro, es lo manso, es lo virginal, es lo celestial, lo válido y legítimo, lo otro, es lo que hay que castigar y destruir.

La base de esta teoría de la identidad (y del reconocimiento), de la *otredad* que utilizan criminalmente los adalides *decoloniales* y *poscoloniales*, cuando hablan o vociferan de la otra historia, de la *contrahistoria*, de las *otredades*, de la subversión cultural, de la emancipación y la libertad, además de la igualdad, fue inventada por la filosofía occidental, de Hegel a Kant, de Nietzsche a W. Benjamin, de Schopenhauer a Adorno, de Lukács a Sartre y muchos otros. Cuando a esos maestros del engaño se les pregunta, por ejemplo, por el pensamiento propiamente colombiano y latinoamericano, enmudecen, citan sus apóstoles publicitarios, es cierto, Boaventura de Souza, Aníbal Quijano, Santiago Castro, Walter Mignolo, entre muchos, pero ni citan ni hablan de Andrés Bello, Bolívar, Sarmiento, Martí, Sanín Cano, Pérez Triana, Teresa de la Parra, Clorinda Matto de Turner, María Cano, Débora Arango, la lista es interminable. Y obviamente desconocen –eso sí premeditadamente– los más audaces

y originales: José Luis Romero, Sergio Bagú, Luis Alberto Sánchez, José Carlos Mariátegui, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Rafael Gutiérrez Girardot y, en el caso colombiano, enmudecen frente a los hoy conmemorados, Rafael Uribe Uribe y Luis Tejada.

Rafael Uribe Uribe: las guerras no se libran solamente en los campos de batalla. Armas, ideas, prensa y pensamiento

Hace cuarenta años precisamente, la revista UNAULA publicó un homenaje conmemorativo a Rafael Uribe Uribe. El impreso número 4 de 1984, dirigido por Jaime Jaramillo Panesso y Luis Antonio Restrepo, el rector era Jairo Uribe Arango, recordaba los setenta años de la muerte del general Rafael Uribe Uribe e invitó a sus lectores de este modo: "... ha determinado publicar algunos de sus principales artículos, discursos, proclamas, intervenciones parlamentarias y otros documentos que retratan la personalidad del líder herido de muerte el 15 de octubre de 1914"². Efectivamente, los artículos, incluida la nota editorial, dan cuenta de las facetas diversas del líder antioqueño.

Sobresale en la revista un registro especial, la carta del panfletista, radical liberal e iconoclasta José María Vargas Vila, quien le envió desde Roma con fecha 15 de marzo de 1901, una misiva a Uribe Uribe, quien se encontraba en Nueva York, alentando el proceso de paz con el gobierno conservador de la regeneración. Entre líneas, después de elogiar la magna labor de Uribe Uribe, Vargas Vila acentuaba la calidad de líder liberal y de luchador emérito e infatigable con esta semblanza:

“Ayer era usted grande, porque era un gran vencido. Hoy es usted augusto, porque es un gran vencido. Usted es un ideal, todos nuestros ideales en derrota. Usted es una bandera, nuestra bandera

² Revista UNAULA, n.º 4, 1984, p. 5.

en proscripción. Usted es un símbolo arrojado por la tempestad sobre una playa. ¡Salve al símbolo! La victoria es él y es servil en ocasiones. Sólo la gloria no pacta con el crimen. Si usted no puede encadenar la victoria con su valor, ha podido con su grandeza domesticar la gloria, que lo sigue como el león de San Jerónimo a su desierto”³.

Derrotado, es verdad, se coincide con Vargas Vila, después de la guerra de los mil días, pero no liquidado y destruido absolutamente. Uribe Uribe nos demuestra que la adversidad, sea la que sea, mientras haya deseos e ilusiones, es un acicate para persistir en los principios y los ideales, y la horma intelectual de Uribe Uribe fue la consigna de otro grande, el mexicano universal Alfonso Reyes expresó al definir la utopía de América, que los verdaderos y auténticos latinoamericanos, letradas y letrados, son aquellos capaces de “llegar hasta la muerte con la antorcha encendida”. De modo que, al cumplirse el centenario de la muerte de estos dos insignes antioqueños insumisos es menester interrogarse: ¿por qué es obligado leerlos hoy?, ¿qué nos harían pensar y decir de nuestras realidades?, ¿cuál es el legado que Tejada y Uribe Uribe dejaron a las generaciones de hoy y del futuro? En las páginas que siguen nos esforzaremos por valorar y resignificar la obra, vida y pensamiento de estos dos adalides intelectuales y guerreros. Y proponemos una vía de acercamiento, de lectura –no es la única y válida– para que, quienes se familiaricen con ambas personalidades, se sientan no solamente atraídos, sino compenetrados con lo mejor de dos generaciones de colombianos.

Lo primero que salta a la vista de Uribe Uribe es que nació en Antioquia a mitad del siglo XIX, en una de las eras del país denominadas la de las reformas liberales. Vinculado al campo y la vida rural, a las actividades agropecuarias y pecuniarias, con el tiempo su familia se desplazó

³ *Ibid.* p. 93.

a la ciudad, a Buga, después a Medellín y luego a Bogotá. La ascendencia familiar liberal constituye una nota singular y desde muy joven se interesó por las letras y por las armas. Según se concluye de la lectura de sus principales biografías y semblanzas, Sebastián Moreno Arango (1940), Luis de Greiff (1942), Luis Eduardo Abello (1959), Fernando Galvis Salazar (1962), Eduardo Santa (1962), Javier Henao Hidrón (1986a, 2017b), Ivonne Suárez Pinzón (1990), Vincent Baillie Duplat (2010), Rodrigo de J. García (2014), pesó más el guerrero armado que el intelectual y letrado.

Habrán decenas de semblanzas, pero son peculiares señalar de sus contradictores naturales, Guillermo Valencia, Rafael Maya o Laureano Gómez, entre otros, sus consideraciones afables. De sus copartidarios son de rescatar las de Laureano García Ortiz, Jorge Eliécer Gaitán, el mismo Luis Tejada, quien en una crónica recordaba que emulaban al héroe militar en sus juegos de infancia⁴. En la historia intelectual, no así en la historia política, en la ciencia política o en la sociología política, se busca ponderar los personajes, sus acciones y pensamientos, no adularlos o petrificarlos con el fanatismo, con lecturas cristalizadas como se hace en las aulas universitarias de hoy. Sería pertinente y muy creativo, además de renovadores cursos entregados al pensamiento colombiano y latinoamericano, para descolonizar y emancipar, pero lo cierto es que tendríamos en dicha tarea que suplir íntegramente la planta profesoral de las universidades del país.

Ahora, este tipo de personajes fácilmente pasa de la detración a la apología, del amor al odio, de la idolatría a la injuria. En la mayoría de las biografías ha pesado con mayor énfasis la mirada idílica al militar, al político, menos, o en menor medida, al intelectual. Las biografías citadas

⁴ "Los nombres". *El Espectador*, "Día a día", Bogotá, 18 de septiembre de 1918. En: *Nueva Antología de Luis Tejada*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2019, p. 76.

se empeñan en la reconstrucción vital, enfatizando las peripecias armadas, políticas y económicas del personaje, destacando su liderazgo en los campos de batalla y en el parlamento o en las relaciones internacionales. Se realza su desempeño periodístico, cómo el militar hizo un esfuerzo enorme por editar y colocar su palabra en el espacio público y político del país, pues publicó *El trabajo* (1884-1885), *La disciplina* (1886), colaboró en *El Espectador* de Fidel Cano, reabrió el diario *El Trabajo* (1887-1889), con Diego Mendoza y Carlos Arturo Torres dirigió *El republicano* y colaboró en *El relator* de Felipe Pérez.

Con Maximiliano Grillo, Tirado Macías y Alejandro Rodríguez fundó *El Autonomista* en 1898. En 1911 fundó *El Liberal* y en 1914 el *Liberal Ilustrado*, apoyado de Carlos Urueta, su secretario. De modo que aún esa parte de periodista y combatiente, de polemista, está por investigarse y estudiarse. No fue como Caro que utilizó la prensa como un cruzado combatiente. En Caro no hay disposición a debatir, sino inclinación a convertir a sus lectores a la fe católica, ilustra contra la ilustración, fue su consigna, por lo menos si se lee *El tradicionista* (1871-1876). En conclusión, el lector podrá sopesar la figura mediante las biografías, y si bien se rescataron las habilidades del rebelde armado, algunos como Suárez Pinzón, Baille Duplat y Rodrigo de J. García, ahondaron en facetas tales como abogado, empresario, científico y docente, estadista y diplomático.

Lo cierto es que su acendrada labor de insumiso letrado y sus aportes más allá del estratega militar están por investigarse de manera profunda y sólida, pues si de su trayectoria como militar y político se conoce suficiente, es todavía opaca su vida intelectual y su injerencia en la vida cultural del país, porque cientos de páginas están por ser redescubiertas en su faceta de senti-pensante. Valga reiterar que, si bien fue un guerrero armado, también fustigó el papel en blanco y la imprenta, pues, se convirtió en un guerrero letrado. Al leer su obra de luchador y combatiente

se redescubre igualmente centenares de páginas en los que sobresalen sus influencias en los aspectos gramaticales, literarios o intelectuales.

Un recorrido por sus obras publicadas y por sus centenares de páginas impresas invitan al lector a hacer las siguientes reflexiones. Como liberal que fue, ya se ha expresado, combatió los regímenes tiránicos y despóticos, fue un liberal defensor de las instituciones republicanas y luchó por garantizar los derechos fundamentales, de palabra, pensamiento, movilidad y de estudio y emprendimiento. Como buen antioqueño, fue católico y religioso, tal cosa no se impedía en esos años, no necesariamente ser liberal con tendencias de izquierda impedía profesor la religiosidad y así ocurrió con algunos conservadores que consensuaron con las ideas liberales. Su mayor obsesión y dedicación fue elevar la calidad educativa y cultural del pueblo colombiano, convencido como fue de que buenos ciudadanos y buenos gobiernos dependen de la ilustración propia y el acceso a la educación y la cultura.

De hecho al leer algunas de sus principales obras, tales como *Obras selectas*, Tomos I y II (1979), *Discursos*, Tomos I y II (1977-1978); *Labor Parlamentaria* (1980); *Documentos militares y políticos* (1982), *Por la América del Sur*, Tomos I y II (1955), tenemos ante nosotros una vasta producción en la que son visibles sus análisis prospectivos de la política nacional: su preocupación acerca de la construcción del Estado colombiano en sentido moderno, sobre la diplomacia y su injerencia en la soberanía nacional (límites y fronteras), el problema de la identidad nacional, sobre la composición del congreso y el parlamento, el sufragio y las elecciones, los liderazgos de los partidos políticos y de los políticos, la formación de la ciudadanía, las políticas públicas, la organización económica e internacional, entre muchas otras.

Uribe Uribe fue un defensor de la alegría (como el título del libro de Rodrigo de J. García) porque si bien fue el primero de los legisla-

dores laborales en el país, también pensó el tiempo libre y el ocio de las clases populares, proponiendo parques, bibliotecas, museos, espacios de diversión cultural y adalid severo contra el juego y el alcoholismo de los colombianos, notorio en su conferencia de 1910 “Los problemas nacionales”.

Se destaca cómo fue opositor frente a la intervención de Estados Unidos en 1903 y, por lo tanto, denunció la separación de Panamá de nuestro país, defendió la causa cubana de 1898, y fue de los que conoció, de modo severo, los problemas agrícolas, demográficos y culturales del país; sabía, por su carácter de viajero diplomático, cómo debía producirse el café a escala internacional y, por lo demás, siempre estuvo al tanto de las polémicas literarias e intelectuales, al punto que, en la revista *La Miscelánea* de la Universidad de Antioquia, en pleno nacimiento de la regeneración, se batió con Francisco de Paula Muñoz sobre la crítica literaria y su influencia social y política.

Es menester recordar que Uribe Uribe fue abogado. En 1871 ingresó al Colegio del Estado en Antioquia (la Universidad de Antioquia), se tituló de abogado en la Universidad del Rosario y en 1881 fue profesor de la UdeA, dictó cursos de derecho constitucional, economía política y educación física. Hombre de facetas disímiles, hacendado, militar, diplomático, viajero, sus páginas son memorables. Por eso sea recomendable empezar con los siguientes escritos: “Socialismo de Estado (1904); “Los problemas nacionales” (1910), “De cómo el liberalismo político colombiano no es pecado” (1912), “Orígenes del poder municipal” (1910), “Reducción de salvajes” (1907); “Colombia, Estados Unidos y Panamá” (1906), “por el bienestar de los trabajadores” (1912), y es muy curiosa y llamativa la de “Abajo los antioqueños”, contra el mito del color y de la raza, por encima de ello, la nacionalidad íntegra.

Un defensor de la democracia amplia y participativa, su anhelo por la educación popular y pública, ante todo, su deseo de mejora de las con-

diciones de los obreros y campesinos, lo convirtió en uno de los primeros adalides del Estado Social de Derecho por su mirada adelantada de una legislación laboral equitativa y justa. Quien se acerque a Uribe Uribe podrá comprender un trozo de Colombia, un periodo que va de los inicios del conservadurismo de la regeneración, a la llegada al poder de Carlos E. Restrepo y su Republicanismo, de 1860 a 1914.

Y además podrá recomponer una línea ideológica del liberalismo colombiano que fue desafiado por los problemas sociales y los conflictos relacionados con la injusticia social, la explotación económica y la nula cultura y educación de las clases populares. Claro está que según Uribe Uribe (como Bolívar en la *Carta de Jamaica*, 1815) es perentorio y obligado ilustrar y educar las élites en primera estancia para buenos gobiernos y buenas naciones. No sería inútil o inocuo que, al compás de esa incursión en las biografías, las obras y la vida del caudillo liberal, el lector leyera de Adelina Covo, *Una historia tenebrosa*, y de Juan Gabriel Vásquez, *La forma de las ruinas*.

Luis Carlos Tejada Cano: liberal de izquierda y la trascendencia política de lo efímero

Luis Tejada también venía de familias liberales radicales. Su padre Benjamín Tejada Córdoba era familiar del insigne prócer (José María Córdoba) e hizo cuanto pudo por recordar su figura con actividades y colectas nacionales. Tejada padre fue un adalid de la educación laica y popular, promovió el sistema educativo normalista y liberal (anticlerical) contra la dominación y hegemonía conservadora. Junto con Rodolfo Cano y otros liberales profesaron su adhesión al espiritualismo, de allí sus miradas secularizadoras.

Se recuerda que sus campañas contra el alcoholismo se cerraban con libaciones ininterrumpidas y que al parecer fue secretario en An-

tioquia de Rafael Uribe Uribe en el directorio Liberal. La madre Isabel Cano era prima de Fidel Cano, por tanto, Tejada fue pariente de la activista socialista María Cano con quien se veía en las faldas de Buenos Aires a leer algunos autores marxistas, y de Baldomero Sanín Cano, una de las mentes más avanzadas del país.

Es muy curioso el dato, la ascendencia y los lazos de sangre de los Cano, sobresalía igualmente el artista Antonio José Cano. Ahora es llamativo que entre ambas figuras (Baldomero, el cosmopolita escritor y periodista, y Luis Carlos el cronista), según se concluye de leer sus obras y escritos, no hubo empatía porque Tejada fustigó con acritud y con severidad crítica (fundada y argumentada) al poeta payanés Guillermo Valencia, a quien Baldomero le rendía culto y cariño por las letras y amistad. Baldomero se tranzó en ardua polémica con Uribe Uribe, pero no existen al parecer registros que den cuenta de alguna relación con Tejada

El barboseño lo mencionó de paso y lo criticó en dos crónicas. Tejada confrontó la idea de un congreso de unión hispanoamericana en 1923, propuesta que hizo Sanín en el diario *El Sol* de Madrid, cuando el de Rionegro era representante de *La Nación* de Buenos Aires. El cronista Tejada, en debate con Sanín, supuso que su pariente lejano abogó por un hispanismo a secas, pero fue lo contrario; ambos defendieron la diversidad y pluralidad étnica y racial de nuestros pueblos adelantándose con ética y con responsabilidad a los mercenarios intelectuales *decoloniales* y *poscoloniales*.

Las tres principales biografías existentes sobre Tejada son las de Víctor Bustamante (1994), Gilberto Loaiza Cano (1995) y John Galán Casanova (2006). Además de las semblanzas de sus libros, son de realizar las de Juan Gustavo Cobo Borda, Darío Escobar Mesa y José Mar; asimismo los relatos personales y sentidos de Luis Cano y Armando Solano, por citar las primordiales, invitan a redescubrir al personaje, en sus

cuestiones familiares, en sus vicisitudes existenciales y en su personalidad y actitud intelectual. Leer a Tejada es reconstruir una de las coyunturas más contrastantes del país, la de la hegemonía conservadora del siglo XX (1910-1930), después de la debacle de Rafael Reyes y del proyecto conservador medio liberal del abogado antioqueño y profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia, Carlos E. Restrepo.

La lectura de estos registros permite aseverar que Tejada es más visto como letrado y sus perfiles sobresalen como periodista, se le ha recompuesto más en el plano de la cultura y se ha explorado menos su relación con la política y lo político. Es curioso decir que existen unos puntos en común con Uribe Uribe; el que más sobresale es el de ser insumisos coherentes. En los dos guerreros su confrontación con lo conservador es evidente, su lucha contra la censura, la tiranía y el despotismo; contra el dominio de la sotana en todos los resquicios sociales, Uribe fustigó a Caro, Tejada al enclenche mental Marco Fidel Suárez.

Incluidas las biografías y semblanzas el lector podrá ponderar la figura de Tejada a través de dos relatos publicados en el diario *El Espectador*, en el dominical, fechado el domingo 19 de octubre de 1924 –a un mes de la muerte de Tejada; había fallecido el 17 de septiembre–, un editorial del director Luis Cano, y una carta de José Mar, su camarada de lápiz y de militancia. Luis Cano resalta la personalidad escrituraria, la labor periodística, pero, ante todo, la capacidad de Tejada para crear mediante el periodismo, su capacidad de observador de los problemas sociales, en especial, los del trabajo, del salario, de la organización obrera y las cuestiones sociales, en general. Es notable la sensibilidad social del cronista, quien no le rindió culto a la noticia. Por el contrario, la noticia era que sus crónicas fueron pequeños escritos de reflexión sintética y profundamente agudos en el análisis de los resquicios sociales y su impacto en lo trascendental de las instituciones, políticas o culturales.

El otro registro, una carta enviada por José Mar a propósito de la muerte y el legado que dejó Tejada. La carta es de octubre 18 de 1924 y en ella el remitente se propone mostrar cómo se recibió al letrado antioqueño, su figura de escritor fue vituperada por sectores reacios, quienes calificaron su pensamiento de frívolo, trivial y baladí, insustancial e inocuo. De acuerdo con José Mar (José Vicente Combariza), por el contrario, las opiniones y la producción intelectual de Tejada era sólida, consistente, de una potencia y profundidad, todo lo inverso a quienes veían sus crónicas como inocuas y hasta infantiles.

Tejada fue el “pequeño filósofo de lo cotidiano”; bueno, no tan pequeño en verdad, al leer sus centenares de crónicas ya compiladas (más de seiscientas) se puede hallar al intelectual que, como la boa constrictora, emplea argumentos que al estilo de las paradojas fuerzan a los lectores a darse un baño de realidad, siempre desmitificando, destronando, desprejuiciando y dándole valor a lo singular y lo aparentemente insulso, a lo intrascendente. Las cosas menudas para él constituían lo político por su exposición, de modo que su consigna fue la trascendencia política de lo efímero.

El barboseño fue, en lo escrito, una especie de Baudelaire, un *flâneur* adobado con la mirada de Georg Simmel y de Walter Benjamin. Leerlo hoy es darse una ducha de asombro, no queda nada de eso en las aulas de la universidad colombiana, la estupefacción murió para la enseñanza y la docencia. No hay asombro en las aulas y en las clases no hay vigor, no hay ni potencia en el hablar ni en la comunicación, hay mudez, pero aquella que se forja cuando se agoniza y se va al sepulcro. Una de las características primordiales de Tejada fue destronar, derrumbar y destruir mitos, en especial aquellos que son prejuicios, sobre todo los rurales y urbanos, los patrios y algunos de los callejeros. Fue un andariego y, sin

duda, su atracción a las ideas de izquierda, al marxismo y al pensamiento crítico salió de su capacidad minuciosa y observativa de la calle⁵.

Sería pertinente leer ese marxismo, el de los signos de la calle y vincularlo con el pensamiento de Tejada, porque fue un pensador donde las batallas no se libraban en los espacios inveterados de los congresos y los partidos políticos, o en las asambleas o mítines comunes de la izquierda, su campo de acción fue la calle y su gente. Finalizando los años noventa, después de la caída del muro de Berlín y, por ende, el derrumbe de la cortina de hierro, se produjo una renovación del marxismo que volvió la cara más que a los lugares ritualizados de las luchas partidistas, a lo menudo y singular de la calle y, en ese sentido, Tejada se adelantó por lo menos casi un siglo, ochenta años y más, si se recuerda el libro de Marshall Berman: *Todo lo sólido se desvanece en el aire* y su polémica al respecto con Perry Anderson.

Tejada fue hijo del proyecto liberal de la educación libre y laica, su errancia, fue un caminante y un intelectual transeúnte, le permitió conocer el país, viajó a Pereira, Manizales, Barranquilla, Medellín, Bogotá y, de seguro, estuvo en ocasiones por fuera del país. Estuvo al tanto del acontecer nacional, y nunca dejó de enterarse de los sucesos mundiales. Lo sacudió la Revolución Rusa, y su admiración por Lenin y Trotsky fue invaluable. Al leer sus crónicas no dejó de velar por la unidad latinoamericana. Es pertinente comentar su adelantamiento, porque defendió la mujer, criticó el machismo y el patriarcalismo, al punto que en variadas crónicas defendió que la cocina era un arte y en ella debían estar los hombres⁶.

⁵ Berman, Marshall. "Los signos de la calle". En: *Aventuras marxistas*. Madrid: Siglo XXI, 2002.

⁶ "La cocina". *El Espectador*, "Mesa de redacción", Medellín 27 de junio de 1920. En: Nueva Antología de Luis Tejada. Medellín: Universidad de Antioquia, 2019, pp. 154-155.

¿Pero cómo este muchacho nacido en Barbosa se convirtió en uno de los intelectuales más avanzados y en uno de los primeros promotores del comunismo en nuestro país? El talento sin duda, la manera de leer y ver, le imprimió a Tejada esa capacidad de distinguir lo que la mayoría no es capaz de apreciar, de rastrear, escudriñar y de observar, como un detective, los detalles, lo mal llamado menudo e intrascendente, y darles un lugar esencial en la vida. Empezó a escribir sus crónicas en 1917. La última la publicó en 1924. La primera titulada: “San Antonio y yo”, y la última “Los partidos del porvenir”. A la luz de esa producción es perceptible que Tejada logró una capacidad analítica en la que se trenzan lo singular y particular con lo universal y la totalidad, fue un diestro en mirar desde el suelo y subir a los cielos, de captar lo minucioso con lo abundante, rearmó con sus crónicas los fragmentos de la realidad en una totalidad, capacidad que no es de todo el mundo; en especial, de quienes son intelectuales o científicos en todas las ramas.

Tejada defendió la revolución rusa de 1917, pero su clamor, su lucha, su obstinación fueron las clases bajas. Tejada hizo de las clases populares su objeto de redención. Hay que decir que fue el primer militante y, a su vez, un promotor de los primeros grupos comunistas en el país, perteneció a la generación de los nuevos, destruyó mitos, los patrios primordialmente, alentó la modernidad en artefactos e ideas, para un país atrasado, retrógrado y conservador. Para los lectores sería pertinente comprender cómo esa generación que vivió la hegemonía conservadora se sublevó, se hizo insumisa y rompió con los moldes sociales petrificados de conservadurismo. Para ello sería apropiado algunas lecturas, entre las que se destacan, algunas biografías de María Cano, la de Ignacio Torres Giraldo (1972), la de Mario Arango Jaramillo (2001) y la de María Helena Robledo (2018) son obligadas, así también la de María Tila Uribe

(1994) sobre Tomás Uribe Márquez, porque muestran cómo se forjaron esas personalidades rebeldes de Antioquia en los años diez y veinte del siglo pasado.

Una obra muy útil y que puede servir para reconstruir el ambiente y la personalidad de Tejada es la de Carlos Uribe Celis sobre los años veinte en Colombia. De seguro que existen decenas de obras que son adecuadas, pero para los efectos de recomponer los alcances escritos de Tejada sobre la política y lo político, esas obras citadas son todas muy pertinentes para empezar a conocer al escritor de Barbosa.

Son cuatro las obras principales de Tejada donde se han recopilado sus crónicas y desde las cuales el lector podrá juzgar y ponderar la calidad de intelectual que fue el letrado aquí homenajeado en su conmemoración: *Libro de crónicas* (1924; 1961); *Gotas de tinta* (1977); *Mesa de redacción* (1989); *Nueva antología de Luis Tejada* (2008; 2019). Una lectura de esos libros publicados de Tejada, donde se recopilan sus crónicas, nos permite redescubrir algunos referentes sobre la política que se pueden sintetizar del siguiente modo: son crónicas de análisis político nacional e internacional.

En relación con los temas de análisis político nacional son de destacar los siguientes: Contra el régimen político en Colombia (en especial contra el gobierno de Marco fidel Suárez, (1918-1922); contra los políticos (liberales y conservadores); contra los partidos políticos (liberales y conservadores); contra la mediocridad y la corrupción del congreso colombiano; contra la hegemonía de las élites y el abuso del poder político; contra el sufragio y el proceso electoral, el fraude y la manipulación; y, en especial, su lucha por una legislación obrera justa y equitativa, sus reflexiones sobre la situación del trabajo y de los trabajadores, sobre la mujer y el feminismo, y sus decenas de artículos sobre la calle y los mal llamados gamines o desechables, a quienes rescata y redime.

Acerca de los temas de análisis político internacional sobresalen: sobre la revolución rusa, la constante crítica a la intervención norteamericana y el imperialismo económico con sus transnacionales; la crítica a la violencia en el fascismo italiano, la defensa del anarquismo como práctica; el análisis sobre el problema del catolicismo y el protestantismo en Inglaterra; se ocupó con el asunto de la unidad de América latina y de nuestra identidad, aludió en una crónica a la rebeldía de los indios guajiros⁷ y los defendió con argumentos y de modo cristalino, aunque siempre se refirió al África de modo despectivo, como ese territorio, tierra de nadie. No es asombroso ni extraño que haya atacado la mentalidad de los antioqueños, por resentida, intolerante, retrógrada y muy reaccionaria, valga leer su crónica: “El socialismo en Antioquia”⁸, donde analiza por qué en dicha región nunca podrá asentarse el comunismo.

Algunas conclusiones

Tejada, entre otras, fue un minucioso observador de las cosas menudas, les dio significado y los exaltó como parte de la existencia humana, la corbata, el sombrero, la pipa, asimismo, se alucinó con los avances materiales de la modernidad, cine, tranvía, vida urbana y analizó sus consecuencias. Entre otros de sus aportes hoy, defendió que los hombres debían estar en la cocina, denunció algunas violencias, si bien de género, también algunas violencias femeniles y luchó para que las mujeres fueran actores y protagonistas de la vida política y de la ciencia. Era un destructor de ídolos, destronó muchos prejuicios de la sociedad, en especial, aquellos propios y específicos de la mentalidad

⁷ “Las razas inferiores”. *El Espectador*, “Gotas de tinta”. Bogotá, 10 de septiembre de 1923. En: *Nueva Antología de Luis Tejada*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2019, pp. 403-404.

⁸ “El socialismo en Antioquia”. En: *Gotas de tinta*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977, pp. 107-108.

de los colombianos, su nacionalismo exacerbado y su regionalismo obtuso.

El oficio de escritor, de periodista en Luis Tejada, estimuló una capacidad de observación, de sensibilidad y de análisis que le permitieron construir un método minucioso de ver en lo singular, en lo aparentemente intrascendente, en lo mal llamado insulso, en lo fugaz y efímero, la vida política y la vida social. El cronista traspasó las fronteras rígidas disciplinares, pese a ser autodidacta, muchos van a la universidad y se gradúan como las maletas en los viajes, vuelven como las maletas, decía Sanín Cano. Tejada fue un intelectual e insumiso coherente porque fue fluido y cambiante a los avatares de la complejidad social, construyó un diálogo desde lo particular, desde lo ínfimo con la totalidad, y su oficio de redactor y de impresor le estimuló y lo empujó a convertirse en un escritor e intelectual comprometido.

En últimas, se puede decir de Tejada lo siguiente. El cronista como intelectual comunista se devela en sus crónicas, pero su comunismo era reacio al dogmatismo de la institucionalización, es más, fue crítico de sus formas rígidas en términos partidistas, más bien su actitud de izquierda rehuía los formalismos y los rituales consagrados en formas organizativas cristalizadas y petrificadas, porque prefirió redimir al pueblo al observar en sus resquicios y detalles mínimos la explotación, la discriminación, la desigualdad, la marginación, la miseria y cómo todo un sistema social, entiéndase económico y político, destruía a los seres humanos. Por excelencia fue el observador de la deshumanización en la vida cotidiana.

Con Uribe Uribe fueron los que abanderaron que el liberalismo debía regirse por contenido social y de izquierda. Fue el primero entre los intelectuales comunistas, luchó por la verdad, la justicia y la liber-

tad del pueblo. En una crónica defendió la Universidad de Antioquia⁹ de la intromisión de la religión y de poderes ajenos a ella. Y en otras constituyó lo que lo perfiló como analista y intelectual reflexivo inigualable; su consigna, cómo lo efímero experimenta la trascendencia de lo político, destacan “El espíritu perverso de las cosas pequeñas”¹⁰ y “La placa del Virrey Solís”:

“La agitada vida política cotidiana y los siempre eminentes sucesos internacionales, embargan la opinión pública y se roban todos los comentarios; pero, al margen de esas grandes cosas pasan habitualmente pequeñas cosas extrañas, menudas historias emocionantes, que por su efímera trascendencia sólo interesan al raro espíritu curioso, cazador de discretas anécdotas, dentro del torbellino gigantesco de la verdadera Historia que se hace. Nada es, en efecto, tan grato, como el saborear y recoger con esmero esos mínimos incidentes diarios, limaduras leves, retorcidas y brillantes que deja a un lado el mecanismo de la vida trascendental”¹¹.

⁹ “La Universidad” (UdeA). En: *Mesa de redacción*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1989, pp. 49-50.

¹⁰ “El espíritu perverso de las cosas pequeñas”. En: *Mesa de redacción*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1989, pp. 335-336.

¹¹ “La placa del Virrey Solís”. En: *Gotas de tinta*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977, pp. 109-111.

Biografías sobre Rafael Uribe Uribe:

- Abello, Luis Eduardo (1959). *Espadas y corazones: biografía de Rafael Uribe Uribe*. Bogotá: Peñalosa.
- Baillie Duplat, Vincent (2010). *Rafael Uribe Uribe y el liberalismo colombiano*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia
- De Greiff, Luis (1942). *Semblanzas y comentarios*. Bogotá: Ed. A. B. C.
- Galvis Salazar, Fernando (1962). *Uribe Uribe*. Medellín: Imprenta Departamental
- García, Rodrigo de J. (2013). *Un defensor de la alegría: Rafael Uribe Uribe (1859-1914)*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Henaó Hidrón, Javier (1986). *Uribe Uribe y Gaitán: caudillos del pueblo Medellín*: Editorial Bedout.
- Henaó Hidrón, Javier (2017). *Rafael Uribe Uribe, caudillo y mártir*. Medellín: Ediciones UNAULA.
- Moreno Arango, Sebastián (1940). *El crimen del capitolio: asesinato del General Rafael Uribe Uribe (15 de octubre de 1914)*. Bogotá: Tip. Voto Nacional.
- Santa, Eduardo (1962). *Rafael Uribe Uribe: un hombre y una época*. Bogotá: Ediciones Triángulo.
- Suárez Pinzón, Ivonne (1990). *Rafael Uribe Uribe*. Medellín: Editora Nacional de Colombia.

Biografías sobre Luis Tejada:

- Bustamante, Víctor. *Luis Tejada: una crónica para el cronista*. Medellín: Babel, 1994.
- Galán Casanova, John (2006). *Luis Tejada: vida breve, crítica crónica*. Bogotá: Panamericana Editorial.
- Loaiza Cano, Gilberto (1995). *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura / (Colombia, 1898-1924)*. Santa Fe de Bogotá: Tercer Mundo Editores, Instituto Colombiano de Cultura.

